

mo Vos, manso y humilde de corazón; á poseer mi alma, y á desterrar de mi espíritu la inquietud y la aspereza de mis palabras: dadme una afabilidad enemiga de las contiendas, de las quejas, la mansedumbre que se gana todo el mundo: dadme una paciencia que jamás se canse: concededme también que me despoje de todas las cosas, á lo menos en el afecto, para practicar la pobreza evangélica, para quien Vos reservais los tesoros de vuestra misericordia. Amen.

MEDITACION L.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

(Math. v. 5-7).

PUNTO I.

Tercera bienaventuranza.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados...» En la opinión de los hombres las lágrimas son la porción de los infelices; pero en el juicio del Hijo de Dios son el indicio de la felicidad... Conviene, pues, examinar de qué origen dimanen estas, para saber cuándo se tiene derecho á esta bienaventuranza: para esto se pueden distinguir tres diferentes lágrimas: 1.^a lágrimas de la naturaleza; 2.^a lágrimas de la Religión; 3.^a lágrimas de la oración.

1.^a *De las lágrimas de la naturaleza...* Consideremos primero quién son aquellos que por la naturaleza están condenados á las lágrimas. ¡Ay de mí! todos los hombres, ninguno exceptuado; el mundo está lleno de afligidos que lloran. Las lágrimas brotan por todas partes: y ¡oh! ¡de cuántos y cuán diferentes motivos vienen exprimidas! La pérdida de los bienes, del honor, de la salud; la muerte de los parientes y de los amigos; la envidia de los concurrentes, la persecución de los enemigos, y otros mil motivos de aflicción hacen derramar en todas las condiciones de personas lágrimas amargas, que solo se pueden endulzar por la Religión.

Consideremos lo segundo, qué medios deben practicar para ser bienaventurados aquellos que lloran por la necesidad de la naturaleza... Estos son bienaventurados si se sirven de sus aflicciones para apartarse de las criaturas y unirse con Dios; si reconociendo sus penas como venidas de la mano de Dios, las sufren con paciencia y resignación; con espíritu de penitencia, y para satisfacer por

sus pecados; llegando hasta sufrirlas con amor, y reconociendo que Dios los castiga y los purga, haciéndolos semejantes á su Hijo.

Consideremos lo tercero, en qué son bienaventurados los que así lloran. Son bienaventurados «porque serán consolados...» Lo serán en el cielo, de donde está desterrado todo motivo de aflicción, y donde poseerán en Dios una perfecta felicidad... Lo serán sobre la tierra, por medio de las internas consolaciones, de las gracias particulares, por las cuales conocen que tiene Dios pesadas sus lágrimas, y medidas sus aflicciones; y porque viven seguros que están contados por Dios todos sus suspiros, y porque esperan que serán abundantemente premiados... Lo serán también sobre la tierra, por medio de consolaciones exteriores; porque si Dios los aflige por una parte, multiplica por otra sus favores; pues Dios ordinariamente no permite que todas las aflicciones vengan de un golpe y por todas partes sobre una persona. Pero ¡ingratos de nosotros, que nos lamentamos de él, por los bienes de que nos priva; y lejos de agradecerle los bienes de que nos colma, abusamos de ellos para ofenderle y condenarnos!

2.^a *De las lágrimas de la Religión...* Y en primer lugar, ¿quién son aquellos que por la Religión están condenados á las lágrimas?... Primeramente, son todos los cristianos que en virtud de las promesas hechas en el santo Bautismo han renunciado á las pompas, á las fiestas, á las alegrías y á las vanidades del mundo; despues aquellos, entre los cristianos, que ó viviendo en el siglo, ó habiéndose por elección de estado separado de él, profesan una vida mas santa y mas perfecta...

En segundo lugar, ¿qué cosa deben practicar estos para ser bienaventurados?... Son estos bienaventurados, si instruidos del espíritu de su vocación, y conservándolo, detestan las felicidades mundanas, aborrecen el fausto, el orgullo del siglo; huyen los placeres, las alegrías y las delicias del mundo; y entablan, por el contrario, una vida seria, retirada, ocupada, laboriosa y penitente.

En tercer lugar, ¿en qué son estos bienaventurados?... Son bienaventurados «porque serán consolados...» Serán consolados en el cielo, donde gozarán una alegría pura y proporcionada á su penitencia, á su fervor y á sus lágrimas... Serán consolados sobre la tierra, gustando cuanto tiene de consolante una buena conciencia en todos aquellos que cumplen las obligaciones del Cristianismo y de la perfección... Y serán consolados también sobre la tierra, por la estimación, por la confianza y por el amor que se conciliarán de

las personas honestas y buenas ; esto les dará coraje y ánimo para sufrir el peso , y para soportar el rigor , sin que por esto sea el motivo ó la recompensa de su virtud.

3.^a *De las lágrimas de la oracion... ¿Cuáles son estas lágrimas?...* Innumerables son los manantiales que nos abre la oracion... Lágrimas de celo , á vista de los males que sufre la Iglesia , de los escándalos que se cometen , de los ultrajes que se hacen á Dios por los pecadores ; á vista del número infinito de almas que se abandonan á una vida desordenada , y se condenan para siempre... Lágrimas de penitencia , á vista de nuestros pecados y de nuestra cotidiana infidelidad... Lágrimas de tristeza , considerando la duracion , la miseria y los peligros de nuestro destierro... Lágrimas de compasion , meditando las penas , los tormentos y el sufrimiento de Jesucristo... Lágrimas de devocion , adorándolo en la Eucaristia... Lágrimas de ternura , recibéndolo en la Comunión... Lágrimas de amor , contemplando la suma amabilidad de Dios , la grandeza y la inmensidad de sus beneficios... Pero ¿quién podrá contar todos los manantiales de lágrimas que el Espíritu Santo hace brotar en un corazon fiel y dócil á sus operaciones?

Son bienaventurados todos aquellos que derraman tales lágrimas , « porque serán consolados... » En el cielo , donde se enjugarán todas las lágrimas , y donde plenamente y para siempre gozarán del Dios de toda consolacion... En la muerte , la cual será para ellos llena de dulzura , y que será un ensayo de los bienes eternos que tanto han suspirado... Serán tambien consolados en sus mismas lágrimas. ¡ Ah ! ¿quién podrá decir cuál es la dulzura de las lágrimas que hace correr el amor divino ? Si conociéramos su precio y su amabilidad , no tendríamos dificultad de arrojar de nuestro corazon toda vana alegría , por solo llorar : á las lágrimas consagraríamos todos los momentos libres de nuestras ocupaciones ; ellas serian nuestro manjar por el dia , y por la noche nuestra bebida ; ellas serian todas las delicias de nuestra vida.

PUNTO II.

Cuarta bienaventuranza.

« Bienaventurados aquellos que tienen hambre y sed de justicia ,
« porque ellos serán hartos. »

Consideremos lo 1.^o *Qué cosa se debe entender por este bien de la justicia que tanto se debe desear... La justicia en este lugar significa*

el hábito de todas las virtudes y el cumplimiento de todas nuestras obligaciones. Nosotros la llamamos santidad , perfeccion , gracia santificante , amor de Dios y union con Dios. Y así como se puede crecer cada dia en esta justicia , debemos desear adquirirla y crecer en ella en cada dia. La justicia tomada en este sentido es nuestro único bien : él solo es el que nos pertenece ; y que es todo entero , intrínseco é inherente á nuestra alma , la cual recibe de ella la nobleza , la grandeza , la belleza y la riqueza. Todos los otros bienes están fuera de nosotros ; nosotros podemos ser despojados de ellos á pesar de nosotros mismos : tal es la ciencia misma ; tales son los talentos de que el alma tiene solo el uso transitorio : el capital está como en depósito en los órganos del cuerpo , del cual una sola fibra que se desconcierte , basta para perderlo todo , y hacerlo desaparecer... La justicia es un bien puro y sin mezcla ; todos los otros traen consigo su veneno : la ciencia hincha ; los placeres nos hacen afeminados ; los honores nos deslumbran ; las riquezas nos endurecen el corazon : pero la justicia encierra en sí todas las virtudes , y se opone á todos los vicios... Finalmente la justicia es un bien eterno , incorruptible , pero no imperdible. ¡ Ay de mí ! muchas veces se pierde , y siempre por nuestra culpa , siendo de su naturaleza eterno é incorruptible... La muerte nos despojará de todos los otros bienes , sin que nos quede cosa alguna ; pero la muerte nos dejará nuestra virtud toda entera , y aun la hará mas perfecta. Pues ¿no es una grande locura el afanarnos y desear con tanta constancia y ardor los bienes de la tierra , y no desear los solos verdaderos de nuestra santificacion y de nuestra perfeccion ?

Lo 2.^o *¿Qué cosa es el deseo de la justicia , y cuál debe ser?... Este deseo debe ser vivo y ardiente , como la hambre y la sed : debe formar toda nuestra ocupacion , seguirnos en todo lugar , y arder en nuestro corazon dia y noche. Debe sofocar todos los deseos contrarios , y dominar todo aquello que no se puede unir con él. Este deseo debe ser operativo y eficaz como la hambre y la sed : debe hacernos estar atentos á todas las ocasiones que se nos pueden presentar de santificarnos ; solícitos á buscarlas , y prontos á cogerlas y aprovecharnos de ellas. Se debe hallar en todas nuestras acciones , en todas nuestras palabras y en todas nuestras empresas y acciones. ¿Qué no se hace , qué no se resuelve por poder satisfacer y apagar la hambre y la sed ? Finalmente este deseo debe ser bien regulado y racional , como la hambre y la sed son en un hombre sano. No nos debemos formar ideas quiméricas de una santidad que no nos conviene : se debe restringir á la esfera de nuestro estado ; y entonces ,*

practicando todos los dias las mismas buenas obras, podremos todos los dias crecer en santidad y en perfeccion. Ni debemos tampoco desear vivamente dones sublimes y extraordinarios, como son los raptos, las revelaciones y los gustos sensibles; sino limitarnos al mas precioso de todos los dones, que es hacer la voluntad de Dios, y hacerla todos los dias en una manera la mas generosa, la mas interna y la mas pura. Finalmente no debemos pretender, aun ejercitando las virtudes de nuestro estado, llegar á ser impecables: deseemos, sí, y procuremos huir de todo pecado, y aun de toda imperfeccion; pero si cayésemos en alguna culpa, como caerémos cada dia, no nos conturbemos, no desesperemos: humillémonos, condenémonos á la penitencia, purifiquémonos, estemos atentos sobre nosotros mismos, y continuemos á desear la justicia con mayor ardor.

Lo 3.º *¿Qué cosa es, y dónde se halla la saciedad y la hartura de la justicia?... Se encuentran en el deseo mismo de la justicia... Los deseos profanos atormentan é inquietan el corazon que se abandona á ellos; porque su objeto está ausente, está léjos, es difícil y algunas veces imposible de conseguirse, y siempre incapaz de satisfacer aun cuando se posee. El deseo de la justicia, por el contrario, llena al alma de consolacion, porque contiene y suministra su objeto: deseando amar á Dios y unirse con él, ya lo amamos y ya nos hemos unido á él. ¡Feliz deseo, que es la posesion del bien que se desea! Deseemos, pues, sin cesar crecer en la justicia y en la perfeccion, que sin cesar nosotros crecerémos en ellas: en todos los accidentes y en todas las acciones de la vida se halla esta saciedad, esta hartura. Procurando nosotros santificarnos en todas las cosas, en todas nos santificarémos. Ninguna cosa en el mundo nos lo puede impedir; antes todo puede contribuir y todo nos puede ayudar.*

Hállase esta hartura en la doctrina del Evangelio, tal cual la ha recibido la Iglesia y nos la explica á nosotros. En ella encuentra el alma recta y que busca la justicia de qué satisfacerse plenamente. Encuentra la verdadera idea de la santidad, sus reglas, motivos, medios y perfecto modelo. Ninguna cosa fuera de ella puede satisfacer, ni poner tranquila el alma, ni en esta, ni en la otra vida. Se halla esta hartura en el uso de los Sacramentos, fuentes de las gracias y de la justicia, y sobre todo en el sagrado convite de la Eucaristia, en que recibimos al Justo por excelencia, que quiere él mismo ser nuestra justicia. ¡Bienaventurada una alma hambrienta de este manjar divino y sedienta de esta preciosa bebida! Aquí se saciará su

hambre, y se apagará su sed á proporcion de la hambre y sed con que llegue. Dilatemos, pues, nuestros deseos: cuanto estos serán mas grandes, tanto mas satisfechos quedarán. Á la medida de nuestros deseos serémos participantes del bien que se nos presenta: jamás podremos agotarlo, siendo infinito. ¡Oh feliz deseo! oh hambre! oh sed deliciosa! devorad mi alma para que pueda saciarse á su gusto en este manantial infinito de bienes y de delicias. Finalmente se hallará esta hartura, esta saciedad en el cielo, donde exentos para siempre del pecado, separados para siempre de los pecadores, y admitidos á la compañía de los justos, vivirémos con ellos en el reino de la justicia, y poseerémos, sin temor de perderlo, al Dios autor de toda justicia.

PUNTO III.

Quinta bienaventuranza.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia...» Se puede socorrer al prójimo: 1.º en sus necesidades corporales; 2.º en sus necesidades espirituales; 3.º en sus defectos.

Lo 1.º *De la misericordia con el prójimo en sus necesidades corporales*: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar los encarcelados, asistir á los enfermos, dar posada á los peregrinos, rescatar los cautivos y enterrar los muertos, son las obras de misericordia. Y ¿de qué manera las ejercitamos nosotros? ¿Nos aprovechamos de las ocasiones que se ofrecen para ejercitarlas? ¿Las practicamos nosotros segun nuestra posibilidad y segun la necesidad del prójimo, como quisiéramos que se hiciese con nosotros si nos halláramos en sus mismas circunstancias, y como deseamos que Dios lo haga con nosotros? Ahora, pues, ¿cómo ejercita Dios con nosotros las obras de misericordia? Nos ha proveido de bienes, nos ha dado con que alimentarnos, con que vestirnos; gozamos de salud y de libertad, y nos ha dado habitacion en que alojarnos, y acaso con magnificéncia: pues demos á Dios gracias porque nos ha colmado de tantos bienes, y reflexionemos que no nos los da para nosotros solos; que no se puede hallar en ellos felicidad mayor, ni podemos sacar de ellos mayores ventajas, que con hacer participantes tambien á los infelices, y corresponder de esta manera á sus designios: esto es, imitando su bondad, acrecentando nuestro mérito, y mereciendo para nosotros la abundancia de sus gracias.

Lo 2.º *De la misericordia en socorrer al prójimo en las necesida-*

des espirituales... Las obras de misericordia espirituales son principalmente, corregir con prudencia y caridad al que yerra, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, dar buen consejo al que lo ha menester, rogar á Dios por los vivos y por los difuntos... ¿Cómo ejercitamos nosotros estas obras? ¿Cuántas veces dejamos de reprender por vileza y por respetos humanos, ó solo lo hacemos por capricho, por espíritu de crítica y con aspereza? ¿Estamos nosotros atentos para instruir á aquellos que dependen de nosotros? Si no los instruimos, ¿tenemos cuidado á lo menos de hacerlos instruir en los misterios de la Religion y en sus obligaciones para con Dios? ¡Ay de mí! ¡cuántos se contentan solo con verlos instruidos en las ciencias profanas y en la ciencia del mundo! Presentándose las ocasiones, ¿damos nosotros lecciones de piedad, de virtud; ó por el contrario, lecciones de vanidad, de impiedad, de irreligion y de libertinaje? Y ¿cómo escuchamos nosotros las aflicciones de nuestros prójimos? ¿Quién sabe si en lugar de consolarlos, no los deseamos y acrecentamos su afliccion?... Los consejos que nosotros damos ¿son segun el mundo, ó segun el Evangelio; para la salvacion ó para la ruina de las almas? Finalmente ¿satisfacemos en nuestras oraciones, y con las que podemos granjear de otros, á las obligaciones que tenemos para con los difuntos y para con los que aun viven? ¡Ay de mí! en vez de esta misericordia tan expresamente repetida y recomendada en el Evangelio, cuánta crueldad y cuánta inhumanidad en toda nuestra conducta!... Pero ¿de qué manera ejercita Dios con nosotros estas obras de misericordia?... Nos reprende con remordimientos saludables y llenos de dulzura. Y nosotros ¡cuántas veces hemos buscado todos los medios para sofocarlos en nosotros, y acaso tambien en otros! Nos ha hecho nacer en el seno de la Iglesia, y en ella nos ha rodeado de luces y de instrucciones. Pero ¡oh Dios! las hemos despreciado por dedicarnos á las ciencias frívolas é inútiles; ó acaso por recibir lecciones del mundo, del error y de la impiedad. Dios está siempre dispuesto á oírnos y consolarnos en nuestras aflicciones; pero si no recurrimos á él, sino á las criaturas, y en estas buscamos el consuelo, ¿no tendrá motivo de lamentarse? Mil inspiraciones nos iluminan todos los días, y nos excitan al bien. Mas ¿cuál es nuestra fidelidad en seguir las? ¡Ah! demos gracias á Dios porque hasta ahora no ha retirado enteramente de nosotros su misericordia, aun á vista de nuestra ingratitud; y para merecerla siempre mas, estemos siempre atentos á ejercitarla con nuestros prójimos.

Lo 3.º *De la misericordia en sufrir al prójimo en sus defectos...* Muchas cosas debemos sufrir en el prójimo y de parte del prójimo. Hay injurias atroces, y faltas de atencion considerables, á que se debe conceder un generoso perdon; mas frecuentes son las faltas ligeras, y se necesita olvidarlas y sufrirlas; se deben disimular otros muchos defectos, de genio, de modales enfadosos y desagradables. Y ¿cómo ejercitamos nosotros estas obras de misericordia? ¿Perdonamos las injurias con sinceridad y sin deseo de venganza? ¿Olvidamos las ofensas sin fomentar la memoria en nuestro espíritu, sin exagerarlas en nuestra imaginacion, sin exasperar nuestro resentimiento en el corazon, sin hacer mencion de ellas en nuestros discursos, y sin dar parte á aquellos que juzgamos poder indisponer contra quien nos ofende?... ¿Soportamos los defectos del prójimo, sin notarlos afectadamente, sin hacerlos ver con ojos malignos, y sin hablar con desprecio? ¿Creemos nosotros que jamás ofendemos á nadie, y que no tenemos defectos que nos sufran los otros? ¡Ah! ¡cuánta necesidad tenemos de que Dios ejercite con nosotros su misericordia!

Peticion y coloquio.

¡Oh Dios mio! ¡dónde estaria yo ya en este punto sin vuestra divina bondad!... Enormes delitos y sin número, ofensas multiplicadas todos los días, defectos considerables, continuas imperfecciones, maneras desagradables y opuestas á vuestra santidad, forman el plan de toda mi vida; y esto es lo que me arrojaria en los horrores de la desesperacion, si no supiese que vuestra misericordia es infinita. Para derramar sobre mí todos sus efectos, solo me pide que yo use de misericordia con los otros. Vos me lo perdonaréis todo si yo todo lo perdono. Vos mismo me lo habeis asegurado: y ¿quién soy yo para compararme con Vos? ¡Oh dulce ley! oh ventajosa condicion! ¡oh Jesús! quiero ejercitar en toda su extension la misericordia para participar de vuestra eterna misericordia. Amen.

MEDITACION LI.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

(Math. v, 8-12).

PUNTO I.

Sexta bienaventuranza.

«Bienaventurados los de limpio corazon, porque ellos verán á Dios...» ¿Qué cosa es la pureza del corazon? ¿cuáles son los pre-

juicios que se forman contra esta virtud? Y ¿cuáles serán finalmente sus recompensas? Examinemos por partes esta materia.

Lo 1.º *¿Qué cosa es, y en qué consiste la pureza de corazón?...* Tres grados se distinguen en la pureza de corazón... El primero es el estado de gracia que pertenece á la vida purgativa. En este primer grado un corazón puro es un corazón acrisolado y purgado de la mancha del pecado mortal, y apartado de todo afecto al pecado venial; de manera, que reina en él el amor de Dios, y en él habita la gracia santificante: esto se llama *ser justo*.

El segundo grado es un estado de virtud que pertenece á la vida iluminativa. En este segundo estado está un corazón puro, del cual se han extirpado los hábitos malos para sustituir otros santos; de manera, que en él ya están mortificadas y sujetas las pasiones, y con facilidad practica la virtud: esto se llama *ser virtuoso*.

El tercer grado es un estado de santidad que pertenece á la vida unitiva. En este tercer grado un corazón puro es un corazón despegado de todas las criaturas y unido solo á Dios. Ninguna criatura lo puede mover; solo Dios lo mueve: no halla otro gusto ni otro placer, otra consolación, otro dolor, otra tristeza, otro deseo, otro temor, otro afecto y amor, que según Dios, por Dios, y por el cumplimiento de su santísima voluntad: esto se llama *ser santo*.

Contentarse con el primer grado, ó verdadero ó pretendido, sin aplicarse eficazmente á adquirir los otros dos, se llama estado de tibieza, estado peligrosísimo en el negocio de la salud. Nuestro corazón es como un centro donde todo va á parar. Nuestros sentidos exteriores se complacen en extenderse por todas partes, y llenarse de mil impuros objetos que penetran después hasta el corazón: es necesario tener en esclavitud los sentidos, y encadenarlos para poder permitirles solo lo necesario. Nuestro espíritu, nuestra imaginación y nuestra memoria son facultades inquietas que sin cesar envían mil vapores cuya malignidad va á parar al corazón.

Es necesario tenerlas sujetas, y ahuyentar con imperio todo pensamiento, toda imaginación y todo recuerdo, no solo desreglado ó peligroso, sino también inútil. El corazón finalmente es un terreno ingrato, que las mas veces produce solo espinas y veneno, afectos desordenados, deseos injustos, intenciones pecaminosas: conviene arrancar sin compasión, hasta la última fibra, estas impuras producciones, y desarraigarlas tantas cuantas veces renacen.

Lo 2.º *¿Cuáles son los prejuicios que se forman contra la pureza de corazón?...* Primer prejuicio: *Vivir de esta manera es un vivir triste*

é infeliz... Pues qué, ¿nuestra felicidad puede venirnos del pecado, de las pasiones ó de las criaturas? ¿Acaso no son estos los principios y el origen de todas nuestras penas, de todos nuestros afanes y de todas nuestras desgracias? ¿No nace de este cruel imperio la funestísima y durísima esclavitud que experimentamos? ¡Oh Dios! ¿qué dulzura gusta un alma que ha roto sus lazos, que se ha puesto en libertad, y que solo está unida á Vos!... Segundo prejuicio... *Una tan continua atención es casi imposible...* Pero la gracia ¿no hace todas las cosas posibles? Hubo Santos, hubo almas puras de todas las condiciones, y aun de aquella en que nosotros nos hallamos, que siguieron una vida semejante; es verdad que se encuentran dificultades, y que para adquirir esta pureza de corazón se requieren atenciones y aplicación; pero sin dificultades no se consigue bien alguno. Tienen su dificultad las ciencias y las artes; mas las dificultades no impiden el adquirirlas y aprenderlas. Estas dificultades se allanan á proporción de los progresos que se hacen; y en fin el gusto de haberlas vencido recompensa la fatiga que ha costado el vencerlas. Lo que al principio parece imposible, se hace fácil con el uso. Por otra parte, estas dificultades nos suministran un medio de dar á Dios testimonio de nuestro amor, y por difícil que sea lo que viene mandado por el amor es dulce y fácil... Tercer prejuicio... *Esta perfecta pureza de corazón no es de precepto...* Antes es de precepto indispensable; y de precepto que esencialmente deriva de la grandeza y de la santidad de Dios. De hecho, ¿no basta una, aunque mínima, impureza para cerrarnos el cielo, donde nada entra ni puede entrar manchado? y para purgar nuestra alma ¿se requiere algo menos que las llamas del purgatorio? ¡Ah! entonces se comprenderá cuál ha sido la locura de cambiar algunas penas ligeras, que purificándonos aquí, hubieran también aumentado nuestra corona con aquellos suplicios que se sufren allá; como puro castigo, sin que le agraden á Dios, y sin mérito alguno nuestro.

Lo 3.º *¿Cuáles son las recompensas para los puros de corazón?...* Aquellos que tienen puro el corazón *verán á Dios*. Lo verán en sus obras; en el establecimiento y conservación de su Iglesia; en los santos libros que contienen sus oráculos, y en todos los acaecimientos que son efecto de su providencia: le verán en sus internos favores; sí, las luces, las consolaciones, las delicias sobrenaturales, de que Dios se complace de tiempo en tiempo inundar un corazón puro, tienen tanto de divino y de inefable, que en su comparación son hor-

rores y tormentos todas las delicias de la carne y del mundo. Finalmente lo verán en sí mismo en el cielo. Entonces, cuando los dolores de la última enfermedad, los Sacramentos, las preces y oraciones de la Iglesia habrán acabado de purgar esta alma; entonces, cuando una muerte santa habrá sellado con la perseverancia final su fidelidad, vendrá ella á ser admitida á ver á Dios cara á cara, á gozar de él, y á amarlo con un amor beatífico y eterno. ¡Oh recompensa digna de la bondad de un Dios!... ¿Creeré yo que hago mucho por mas que haga para poseerla? ¡Oh pureza de corazón, qué preciosa eres, y qué digna de todas mis atenciones!

PUNTO II.

Séptima bienaventuranza.

« Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios... » Examinemos cuáles son las obligaciones del hombre pacífico, tanto por lo que mira á la paz pública, cuanto á la paz privada y doméstica, y en qué consiste su bienaventuranza.

Lo 1.º *¿Cuáles son las obligaciones del hombre pacífico, por lo que toca á la paz pública?*... El amor de la pública paz exige, en primer lugar, atención para no turbarla nosotros mismos. Para no turbar la paz y tranquilidad del Estado, de una ciudad, de una comunidad, obedezcamos á las leyes y á aquellos que mandan, sin quejarnos, sin criticar, y sin lamentarnos. Para no turbar la paz de la Iglesia sometámonos á sus leyes y á las decisiones de sus pastores, sin buscar cavilaciones y equívocos. Para no turbar la paz del público, no lo importunemos con nuestras particulares quejas, con escritos y con manifestos, con apologías ó sátiras, que no sirven de otra cosa que de desunir los espíritus, y fomentar partidos. En segundo lugar, el amor de la pública paz pide celo para restablecerla, cuando está turbada. Para contribuir á esto debemos no tomar algun partido entre los particulares: declararnos siempre á favor de la obediencia y de la sumisión debida á la potestad legítima; y finalmente procurar, ofreciéndose la ocasion, y segun el grado de nuestra autoridad, dulcificar los espíritus, y hacerlos entrar otra vez en su deber y en los caminos de la paz... En tercer lugar, el amor de la pública paz pide paciencia y oracion. No pudiendo nosotros contribuir en cosa alguna para su restablecimiento, contentémonos con gemir, suplicar á Dios y orar. Si fueren inútiles nuestros lamentos, estemos en silencio, y pensemos en sacrificarnos. Aun cuando la paz fuese desterrada de

toda la tierra, nada nos impedirá el tenerla en nuestro corazón con nosotros mismos y con Dios.

Lo 2.º *¿Cuáles son las obligaciones del hombre pacífico en orden á la vida privada y doméstica?*... Debe, en primer lugar, estar atento á no turbarla por sí mismo, á reprimir su índole, á medir sus palabras y á regular sus acciones, de manera que no falte á alguna de las obligaciones de respeto, de urbanidad, de caridad, debidas al prójimo. En segundo lugar, necesita tener celo para contribuir al restablecimiento de la paz entre aquellos que la han perdido, celo lleno de dulzura y de caridad, para sosegar los espíritus, unirlos, reconciliarlos. Lleno de prudencia, para no entrar en quejas, que de nada sirven para el bien de la paz. En tercer lugar, debe hacer sacrificios para conservar la paz con aquellos que la turban; sacrificio de sus intereses, de sus derechos, de su reputacion y del punto de honor. No ama la paz quien nada quiere sacrificar al bien de la paz... ¡Ah! De ahora en adelante tengamos por regla el no responder á cada palabra, el no dar fe á ciertas relaciones, el no atender á los malos tratamientos, el no resentirnos de las ofensas, y el no hacer alguna resistencia á las pretensiones. Nos mirará, acaso, el mundo como necios y sin espíritu, como viles é insensatos, como culpables y viciosos; pero ¡ah! dejemos decir al mundo, y pensemos en las palabras de Jesucristo.

Lo 3.º *¿Cuál es la felicidad de aquellos que son pacíficos?*... Son felices, lo 1.º porque son hijos de Dios, de quien cumplen la voluntad, siguen el ejemplo, y hacen bendecir su nombre. Los que turban la paz son al contrario hijos del demonio, de quien siguen las inclinaciones, imitan las obras, y promueven los designios. Lo 2.º son felices, porque serán reconocidos por hijos de Dios, no solo sobre la tierra por las personas honestas y de bien, cuyo juicio es siempre de una grande consolacion, sino tambien por los malos y por los perversos el dia del juicio final. *Estos son, dirán, aquellos que hemos maltratado y despreciado, que mirábamos y reputábamos como insensatos, ¿de qué gloria están rodeados! Miradlos ahora en el número de hijos de Dios.* ¡Ah! nos engañamos, nosotros somos los insensatos. Lo 3.º son felices, porque serán tratados como hijos de Dios y admitidos á la heredad del Padre celestial, donde gozarán una paz perfecta, deliciosa y eterna; mientras que aquellos que la habrán turbado tendrán por habitacion un lugar de horror y de suplicio, donde reinará una guerra eterna y un eterno desorden.

PUNTO III.

Octava bienaventuranza.

«Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, «porque de estos es el reino de los cielos...» Examinemos en qué consiste esta persecucion del mundo, ó sea contra la virtud de los justos, ó sea contra el celo de los Apóstoles, y meditemos las ventajas de esta persecucion para los hombres apostólicos.

Lo 1.º *Persecucion del mundo contra la virtud de los justos...* Hay varias especies de esta persecucion. 1.ª *Persecucion abierta*, para la que se emplean amenazas, violencias y malos tratamientos para inducir al pecado y alejar de la virtud y de la piedad, ó hacer abandonar la profesion de una vida retirada y perfecta. *Persecucion maligna*, porque se desacredita, se hace ridicula, y se exponen al desprecio la virtud y los virtuosos... *Persecucion hipócrita*, por la que, bajo el pretexto de oponerse á los defectos y á los abusos, se declama contra la devocion y contra los devotos: poniéndose de aquí las miras contra los eclesiásticos y los religiosos. ¡Ah! si estos declamadores tuvieran verdaderamente compasion, ¿cómo publicarían los defectos que á las veces se hallan aun en las personas buenas? Gemirían antes que hablar, ó hablarían en otros términos, en otros sitios, en otro tono, y de una manera menos injuriosa y menos general. 2.ª Observemos la gravedad de los delitos de los perseguidores: ultrajan los amigos de Dios, cuyas oraciones debieran solicitar. Mas ¿creerán ellos que Dios no tomará venganza? Son ministros del demonio y cooperadores de su odio y de su envidia contra los hombres, ocasionando la ruina de las almas, entre las cuales muchas no tienen ánimo para entrar en el camino de la virtud, y otras para perseverar. Se cierran á sí mismos el paso para volver á Dios, y se ponen en un estado de endurecimiento, de que no habrá cosa alguna que pueda retirarlos. ¡Ah! guardémonos de ser de este número. Si no tenemos ánimo para ser fervorosos, no tengamos á lo menos la flaqueza de aborrecer á aquellos que lo son; antes bien procuremos amarlos y estimularlos, y cuando se presente ocasion seguir su partido. 3.ª ¿Cuál es la felicidad de los perseguidos? No os desanimeis vosotros que sois el objeto de la persecucion del mundo; antes alegraos, porque ella establece en vosotros el reino de Dios y de su gracia; os asegura la posesion del Evangelio, cuyas leyes seguís; os da derecho al reino de los cielos, á donde se llega por el camino del padecer, y finalmente porque ya os toca á vosotros este reino.

Lo 2.º *Persecucion del mundo contra el celo de los Apóstoles...* «Bienaventurados sois (continúa Jesucristo) cuando os maldijeren, y os «persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo por causa mia...» Las otras bienaventuranzas las propone Jesucristo en una palabra; pero en esta insiste y la declara, porque era de suma importancia para su Iglesia, é igualmente necesaria á los Apóstoles para sostenerse en su ministerio, y á los fieles para reconocer á los Apóstoles. ¡Infeliz Jerusalem, que perseguiste é hiciste morir los Profetas, tu endurecimiento ya se completó, y es irremisible! ¡Ah! guardémonos de hacernos participantes de su pecado: honremos á aquellos que padecen y sufren por Dios, por la Religion, y por los intereses de la virtud, y cuando sea necesario defendamos su causa. Bienaventurados nosotros si de algun modo nos hacemos participantes de sus oprobios.

Lo 3.º *Las ventajas de la persecucion para los hombres apostólicos.* «Gozaos y alegraos (continúa Jesucristo), porque vuestra recompensa «es muy grande en los cielos; pues así han perseguido también á los «Profetas, que fueron antes que vosotros...» La primera ventaja que trae la persecucion á los varones apostólicos es de preservar su virtud de los escollos de la vanidad y del amor propio, de la disipacion y del amor del mundo, de la seguridad y de la relajacion... La segunda ventaja es de aumentar y acrecentar su recompensa. ¡Oh! y cuán grande será ella en el cielo! Felices perseguidos, alegraos sin término solo de pensar en una tan grande felicidad: os convida Jesucristo mismo á que os alegréis. ¡Oh! y cuán digna es de envidia vuestra suerte!... La tercera ventaja es de poner el colmo á su gloria. La persecucion ha hecho á los Apóstoles semejantes á los Profetas, y hace á los hombres apostólicos semejantes no solo á los Profetas y á los Apóstoles, sino también á Jesucristo... No os desanimeis, pues, en vuestras persecuciones, ministros del verdadero Dios; miradlas como glorioso patrimonio de vuestra mision; porque si de este os priva... ¡Ah! temed que esta calma funesta sea efecto de vuestra flojedad y ociosidad, y de vuestras complacencias por el mundo, por sus vicios y por sus errores. Temed que sea para vosotros ocasion de relajacion y de corrupcion: temed que el mundo, que si no os persigue, será porque vosotros no le contradecís, bien presto os despreciará; y finalmente el Señor irritado de vuestra vileza sustituirá otros operarios mas fieles que tomen sobre sí las persecuciones que vosotros rehusais, y os quiten la corona que no habeis tenido el valor de merecer.

Peticion y coloquio.

¡Oh Dios mio! con qué para vivir en vuestro santo temor y en la piedad, ¿debo esperar el pasar mi vida en el desprecio del mundo? ¡qué gloria para mí, si tengo por enemigos solo los vuestros! ¡oh Jesús mio! ¡feliz si puedo sufrir alguna cosa por Vos que tanto habeis sufrido por mí! Todos los males que yo puedo sufrir sean siempre, ó Señor, el efecto de mi fidelidad y de mi amor por la justicia, pero no el efecto de vuestra justicia divina... Dadme el espíritu de paz para con los enemigos mismos de la paz: un espíritu de bondad, de afecto, de cuidado y de ternura para con todos los hombres; un espíritu de union, que me aplique incesantemente á reunir los corazones y los espíritus, á desterrar la discordia, á componer las diferencias, y á sofocar la zizaña. Finalmente dadme, no solo con los otros, sino aun tambien conmigo mismo, aquella paz que sobrepuja todo entendimiento, y que no puede dar el mundo. Purgad con vuestro santo espíritu mi corazón, ó Dios mio: encended en él el fuego de vuestro amor: haced que siempre ilustrado con su luz, é inflamado de su ardor, siga en mis costumbres y en mi vida aquella inocencia y aquella pureza de alma que solo es digna de vuestro amor aquí en la tierra, y que sola debe poseeros para siempre en el cielo. Amen.

MEDITACION LII.

DEL CUMPLIMIENTO DE LA LEY...

(Matth. v. 13-20).

Jesucristo nos enseña aquí: 1.º cuáles son los medios; 2.º cuál es la obligacion; 3.º los motivos de cumplir con la ley.

PUNTO I.

Medios para cumplir la ley.

Los medios para cumplir con la ley se sacan del ministerio de los Apóstoles y de los pastores. Las órdenes que Jesucristo ha encargado á sus ministros y los privilegios con que los ha honrado, son todos á nuestro favor, y los medios que se deben emplear para cumplir las órdenes recibidas miran tambien á nosotros mismos.

Lo 1.º *Jesucristo ha revestido de su autoridad á sus Apóstoles para corregir y aprender.* « Vosotros sois la sal de la tierra, que si la sal «se desvaneciere, ¿con qué será salada? Ya no es buena para cosa «alguna, sino para ser echada fuera, y pisada por los hombres...»

Los Apóstoles y los pastores son la sal de la tierra para que nos preserven de la corrupcion del pecado con la sabiduría de sus consejos, de sus exhortaciones y de sus correcciones, con la predicacion y con la administracion de los Sacramentos. Es sublime su empleo, pero no deja por eso de ser para ellos peligroso; porque si cae el pastor, ¿quién lo levantará? si falta ¿quién lo corregirá? si se extravía ¿quién lo volverá otra vez á entrar en camino? si pierde el gusto á su estado y á su deber ¿quién se lo volverá?... ¿No será, pues, este arrojado de Dios y despreciado de los hombres como una sal fatua, insípida, inútil, que deberia arrojarse en los caminos para que fuese pisada por los pasajeros? ¡Oh! y cuán difícil es la conversion de un sacerdote que ha abandonado á Dios! Á sus primeras caidas se seguirá la ceguedad y la dureza del corazón. Mas si quieren estos vivir en el temor y en la humildad, mediten las amenazas de Jesucristo. Nuestra obligacion es examinar con qué docilidad, con qué diligencia, y con qué reconocimiento recibimos esta sal que no se nos niega, y qué fruto sacamos.

Lo 2.º *Jesucristo ha confiado á sus Apóstoles y á los pastores su doctrina para enseñar.* « Vosotros sois la luz del mundo; no puede estar escondida una ciudad edificada sobre un monte: ni se enciende la antorcha, y la meten bajo del celemin, sino sobre el candelero, para que dé su luz á toda la gente de casa...» Los Apóstoles y los pastores son la luz del mundo; luz segura que guía los hombres á su fin, á Dios, á la verdad, á la felicidad eterna... Toda otra luz que venga de otra parte, que tenga otro origen, es error, es tinieblas, y guía seguramente al precipicio; luz universal que ilumina todo el mundo, y que deben seguir todos los hombres; luz pura que no sufre division ni mezcla; luz sublime, elevada sobre los sentidos, sobre los prejuicios, sobre la razon; luz resplandeciente, visible á todos los ojos que la quieran ver, y que solo no ven los que se distraen con obstinacion por no verla. El cuerpo de los primeros pastores, la doctrina católica y apostólica: la Iglesia que enseña es aquí comparada por Jesucristo á una ciudad situada sobre un monte que no se puede esconder. No podrán jamás llegar á ella los torbellinos de polvo que el mundo se esfuerza á levantar contra ella. Estos no sirven de otra cosa que de cegar á aquellos que los levantan. Cualquiera que tenga el corazón recto no puede deslumbrarse: ve sin oscuridad la Iglesia fundada por Jesucristo; sigue constante y sin dudar su enseñanza, y se sujeta sin restricciones á sus órdenes. Cada Iglesia particular viene comparada en este lugar á una casa, y